conocernos, y cuando vestíamos en *grand tenue* de indolencia por pendencias sentimentales recientes, Jaime y yo no respirábamos más que suspirando, nos confesábamos el uno al otro como es habitual en periodos de mal comercio con la realidad, y la casa se nos convirtió en una madriguera que había que hacer habitable. Encender la calefacción, abrir los postigos y las ventanas, airear la humedad, poner en su lugar las minucias que la criada dejaba en cualquier parte (y no tocar el honor de la cocina, clausurado y polvoriento, venganza póstuma de Jaime sobre quien reclamara su instalación), eran tareas que cumplíamos los viernes por la noche cuando estábamos recién llegados. Tareas realizadas, eso sí, con un afán meticuloso que quería ocuparse en quehaceres menudos con el evidente propósito de dar curso a la mera actividad distraída. Recuerdo esas noches de otoño o de invierno, broncas y cavilosas, ariscas con la amabilidad, y maltratadas por la tramontana, en las que después de cenar nos sentábamos junto a la chimenea. Jaime lo hacía en una silla de respaldo alto y asiento de cuero y yo en un sofá chato y cómodo que me permitía —delicia ronsardiana— atizar el fuego. Aprobábamos vino y whisky y nos disponíamos a largas conversaciones donde comparecían la vida y la literatura y la realidad, y Tucídedes y Cernuda y Eliot ("those are pearls that wer his eyes") y Auden y Chaderlos de Laclos, y en las que escuchábamos *Don Giovanni* (*"Là, cidarem la mano/ Là mi dirai di si"*) y los conciertos para trompeta y clarinete de Haydn, y a Brassens y a Conchita Piquer, y en las que ambos nos reconfortábamos al comprobar cómo la amistad y la inteligencia dejaban pasar las horas sin apenas sentirse. Terminábamos a las tres o a las cuatro de la madrugada, sorprendidos y contentos, acaso aliados en una lucidez patética. Fue por esas fechas, más o menos, que Jaime empezó a escribir el poema "De senectute". Él, que estaba —repito— a punto de cumplir los cincuenta años, creía de veras gastado su impulso juvenil, y agotado el amor, y ambos ultrajes le volvían el mundo fantasmal a su alma desmedida. De ahí el movimiento de resignación fatalista que, en la mejor estirpe española, recorre a esa pieza; el cansancio vital y el fervor caído, que le impedían una buena relación con la realidad y le estorbaban sus trámites con la escritura, lo llevaban a hablar con la voz de la vejez. Sin embargo, y bien mirado, el tormento que trasuntaba la situación parecía, a alguien que, como yo, estaba cerca de él, excesivo. Es que su gusto por la vida saltaba, a cada rato, como una brújula loca y encantadora. ◄

[VUELTA NÚM. 189, 1992]

POEMA

DAVID MEDINA PORTILLO

Hay restos
de madera que un accidente
trajo hasta el rincón
de este depósito.
Veo el agua
sedimentada y pienso
qué poco la humedad
ha reblandecido
aquella delgada corteza.
Son objetos para durar
aislados, como soportes únicos
del pensamiento.

[VUELTA NÚM. 225, 1995]